

Joaquín Rodrigo, músico de sutilezas

Andrés Ruiz Tarazona

Introducción

Hemos llegado al primer centenario del nacimiento de Joaquín Rodrigo y casi parece que nos lo vamos a encontrar por la calle, en algún homenaje o concierto en su honor. Rodrigo ha fallecido hace poco más de dos años, el 7 de julio de 1999. Es ya, por tanto, una figura histórica, pero todavía hay gente de nuestro mundillo que le sigue negando el pan y la sal de un talento y una finura artística de la que han dado muestra muy pocos músicos en España a lo largo de la historia. Se dice que su música es poco profunda, que le falta consistencia, que no ha seguido las corrientes del siglo XX, que fue un músico protegido por el régimen de Franco, que es el autor de una sola obra. Acusaciones faltas de consistencia y que denotan desconocimiento cuando no mala intención sobre uno de los claros continuadores de Manuel de Falla. Con la diferencia sobre otros de que él nunca perdió su personalidad, tan definida como su lenguaje y preocupaciones estéticas. Es uno de los pocos músicos que ha sabido asumir voluntariamente y con conocimiento de causa los aspectos más sobresalientes de la cultura española de todos los tiempos. y acaso por ello logró un reconocimiento internacional del que pudo afortunadamente disfrutar gracias a su larga vida.

Rodrigo se ganó el aplauso y admiración de los públicos más diversos, desde Alemania a Japón, de Francia a África del Sur, de Estados Unidos a Argentina. En España fue objeto de infinidad de homenajes y en los últimos años los jóvenes que asistían a estos conciertos-homenaje, se asombraban de ver salir a saludar «en persona» al mítico autor del *Concierto de Aranjuez*. Hace cinco años recibió el de la Comunidad de Madrid. El 15 de noviembre de 1996 el presidente Ruiz-Gallardón le hizo entrega de la Estrella de la Comunidad en su propio domicilio de la calle General Yagüe 11. Cuatro días después se le ofrecía un concierto en el Auditorio Nacional con las siguientes composiciones: *Música para un jardín*, *Concierto pastoral* para flauta y orquesta, *Música para un códice salmantino*, *Palillos y panderetas* y como bis, el *Homenaje a la Tempranica*. No figuraba el *Con-*

cierto de Aranjuez porque, a diferencia de otros actos conmemorativos de alguna efemérides del maestro, en aquel concierto el programa lo eligió él. Así, por ejemplo, el que se celebró en el Auditorio Nacional el 11 de octubre de 1991, para conmemorar el nonagésimo aniversario del maestro con más de un mes de anticipación, contaba en el programa con *Zarabanda lejana y villancico*, *Cuatro madrigales amorios*, *Tres villancicos*, *A la busca del más allá*, y el inevitable *Concierto de Aranjuez*, merced al cual los organizadores saben que el público llenará la sala.

En 1986, el año de su octogésimoquinto cumpleaños, en el Gran Teatro de Aranjuez recibió un reconocimiento especial. Su Majestad la Reina y el propio compositor, en compañía de su esposa, también homenajeada, asistieron al concierto de la Orquesta Nacional de España, dirigida por el chileno Maximiano Valdés. Con este concierto se culminaba una ofrenda de cariño y admiración que duró cinco días y en la que Aranjuez se volcó en diversos actos: varias exposiciones, inauguración del monumento al maestro, obra de Mauricio Jiménez Larios, presentación con la Banda del Conservatorio Municipal de *Joaquín Rodrigo*, *Historia de nuestra vida*, de Victoria Kamhi, y otros actos. En el concierto se interpretó la *Música para un jardín* y las dos obras concertantes de guitarra que han obtenido mayor popularidad, *Fantasia para un gentilhomme* y *Concierto de Aranjuez*. De ambas fue solista el ya desaparecido Narciso Yepes.

Y para terminar esta evocación de homenajes, recordaré el que tuvo lugar hace veinte años con motivo del su 80º cumpleaños, esta vez en el Teatro Real, a cargo de la ONE. Se estrenaron entonces en España dos de sus últimas partituras bajo la dirección de Max Bragado Darman: *En busca del más allá*, y *Concierto pastoral*. Muchos pensaron que dichas obras constituían el canto de cisne del compositor levantino, pero años más tarde dio a conocer otras dos composiciones de parecida envergadura: *Concierto como un divertimento*, para violonchelo y orquesta (Julian Lloyd Weber lo tocó en Madrid el 22 de febrero de 1985) y el *Concierto para una fiesta*, para guitarra y orquesta, única de sus obras paralela al *Concierto de Aranjuez*. Ambas creaciones fueron la prueba fehaciente de que la personalidad artística de Rodrigo no había sufrido menoscabo con el paso del tiempo. Su gracia, lozanía y empuje juvenil seguían intactos y reafirmaban la idea de la crítica más solvente de que Joaquín Rodrigo es una de las figuras más destacadas de la música española del siglo xx.

Paul Dukas, su maestro en París, y el ilustre Manuel de Falla, vieron en él la continuidad sin ruptura del nacionalismo que tanta proyección internacional había deparado a la música hispana. Esto es absolutamente cierto y quienes vivimos de cerca el fenómeno musical y nos interesamos por la

estética y la historia, lo sabemos. Rodrigo ha enriquecido casi todos los géneros musicales. Su aportación a alguno de ellos –el concierto con solista, la canción– ha sido excepcional, superando lo realizado por los grandes maestros del pasado. Cualquiera de las historias de la música española del siglo XX deberá tener en cuenta que Rodrigo ha roto las barreras nacionales y ha alcanzado la universalidad. Es un autor admirado en todas las latitudes, un clásico del siglo XX. Ciertamente que la calidad de página y la belleza peculiar de su *Concierto de Aranjuez* (una de las obras más aplaudidas de la historia), han sido una ayuda al resto de su obra. Pero, desengañémonos, si lo demás no hubiera tenido la gracia, el color, la alegría, el sello distintivo de su arte, el prestigio del maestro habría ido decayendo y no en aumento, como ha ocurrido con el paso del tiempo.

Vida y obra

Joaquín Rodrigo nació en Sagunto el 22 de noviembre, justamente el día de Santa Cecilia, patrona de la Música. Era hijo de Vicente Rodrigo Peirats, natural de Almenara (Castellón) y de Juana Vidre Ribelles, oriunda de Quartell de los Valles (Valencia). Sus padres eran comerciantes y terratenientes del País Valenciano y de preciable fortuna. Vicente Rodrigo había estado ya casado con anterioridad. De su primer matrimonio había tenido cuatro hijos y tuvo seis en el segundo con Juana Vidre, mujer de gran belleza física y moral. El benjamín de la casa fue precisamente el futuro compositor.

Apenas contaba tres años y medio cuando el pequeño Joaquín resultó afectado por una epidemia de difteria que causó la muerte a muchos niños en Sagunto y a él le produjo la pérdida de la vista. Al comienzo de su proceso de ceguera, percibía luces y perfiles. Luego, paulatinamente, llegó la oscuridad total. Todos los intentos de recuperar la visión a lo largo de su vida resultaron infructuosos, pero Joaquín Rodrigo supo siempre aceptar esa limitación y trascenderla en música, para la que, por fortuna, no ha necesitado de la luz corporal.

Cuando tenía cuatro años, sus padres se trasladaron a vivir a Valencia, huyendo de los graves disturbios políticos que se produjeron en Sagunto en 1906. En la capital del Turia recibió las primeras enseñanzas de piano y cultura general. Fue en el Colegio de Ciegos. En él permanecería hasta 1918 y en sus aulas se revelarían sus condiciones musicales de tal forma que, antes de abandonar el colegio, comenzó a recibir clases de armonía y composición de Francisco Antich Carbonell (1860-1962), organista valenciano

cuyas improvisaciones hicieron las delicias de sus mejores alumnos, entre quienes estaba también Rafael Rodríguez Albert, privado de la vista como Joaquín. Ambos discípulos de Antich enlazarían con la tradición de grandes músicos españoles ciegos, iniciada con Antonio de Cabezón y Francisco Salinas y continuada con Pablo Bruna, Andrés Peris y otros.

Eduardo López-Chavarri, también alumno de Antich, ha explicado lo que supusieron para el joven Rodrigo las clases de aquel profesor del Colegio de Ciegos: «Por fortuna, en Valencia había un maestro al que no se había hecho justicia. Un organista de mérito, improvisador valioso que adoraba a César Franck cuando en nuestra tierra se vivía todavía en Mercadante y conocía a Wagner cuando sus paisanos estaban en Rossini y Meyerbeer». Gracias a Antich, Rodrigo se incorporó al grupo más vanguardista de la música valenciana de principios de siglo XX, un clima propicio en el que comenzaban a brillar los nombres de López Chavarri, José y Amparo Iturbi, Leopoldo Querol, Manuel Palau, Enrique Gomá, Leopoldo Magenti, José Moreno Gans y el valioso Francisco Cuesta, también ciego y fallecido en plena juventud, cuyas canciones y piezas pianísticas causaron fuerte impresión al joven Rodrigo.

El carácter voluntarioso de Rodrigo y su afán de crearse una sólida formación musical le llevaron a procurarse una síntesis del *Tratado de instrumentación* de Gevaert que López-Chavarri le dictaba cariñosamente y muy pronto, antes del anhelado viaje a París, viaje de estudios frecuente entre los músicos españoles de la época, surgieron las primeras composiciones de Rodrigo: los *Dos esbozos* opus 1, para violín y piano (1923), la *Suite* para piano (1923), la *Berceuse de otoño* (1923), también para piano, la *Canzoneta* para violín y orquesta de cuerdas, y *Juglares*, para orquesta, que dio a conocer en Valencia el año 1924 y donde ya se descubría una personalidad bien formada, una voz propia que iba a llevarle pronto a la fama.

Voz propia sin buscar la originalidad a cualquier precio. Rodrigo ha respetado las tradiciones musicales de la cultura europea al tiempo que trataba de adherirse a las corrientes estéticas que marcaba su época. No ha tenido inconveniente en tomar prestados esquemas rítmicos e incluso temas del pasado, bien de la música tradicional, bien de la música culta, sea renacentista, barroca, clásica o romántica, especialmente de la cultura española, de la que se ha mostrado no sólo conocedor sino hábil transmutador, acercando al público del siglo XX géneros y estilos del XVI (*Madrigales amatorios*) o del XVII (*Fantasia para un gentilhomme*) por poner dos ejemplos bien conocidos. Pudo temerse que recurrir al pasado de modo tan explícito diluiría la personalidad del compositor, pero nunca ocurrió tal cosa. Rodrigo convierte cuanto toca o recoge en música rodriguera, que suena siempre

a él, lo cual es lo mismo que decir suena actual, elegante, refinada, sin caer en tópicos ni usar del trazo grueso. Su música traspira optimismo y a veces una leve nostalgia; está llena de sutilezas e ironía, y posee una estilizada modernidad, rara entre los compositores españoles de cualquier época. La *Zarabanda lejana*, de 1926, recoge ya todo su espíritu, la gracia evocadora arcaizante cuya distinción parece ya pedir un título nobiliario como el que le otorgó la corona española de marqués de los Jardines de Aranjuez.

Las virtudes creadoras del músico español fueron inmediatamente apreciadas por Paul Dukas, en cuya clase de composición de la Escuela Normal de Música de París ingresó Rodrigo en el año 1927. París fue para el joven valenciano una verdadera universidad en la que saciar su sed de conocimiento y de experiencias humanas y musicales. Allí, además de con el ejemplo y el magisterio de Dukas, contó con la amistad de Ravel, Roussel, Poulenc, Ibert, Enesco, Ponce, Rolón, Honegger y de sus compatriotas Manuel de Falla, Federico Mompou, Emilio Pujol, a quien dedicó el *Pre-ludio al gallo mañanero*, uno de sus grandes éxitos de entonces, y Jesús Arámbarri.

En París tuvo lugar igualmente un acontecimiento clave en la vida de Rodrigo: su relación profesional primero, amistosa después y de amor finalmente, con la pianista Victoria Kamhi, nacida en Estambul, de padre turco y madre austriaca. Después de largos años de noviazgo, lo que había comenzado con una profética admiración de Vicky hacia el músico español, acabó en boda, celebrada en Valencia el 19 de enero de 1933. Victoria fue no sólo la eterna y amorosa compañera de Joaquín, sino su más eficaz colaboradora musical, como intérprete de sus obras, y literaria, pues es autora de muchos textos a los cuales el maestro puso acertada música. En fin, París fue un momento esencial para forjar el mundo cultural de Rodrigo. Allí le acompañó Rafael Ibáñez, un empleado de su padre, que se convirtió en su brazo derecho, secretario para todo y amigo. Le escribía cartas, le leía los textos que le interesaban para su trabajo o entretenimiento, le acompañaba en sus largos paseos o sus viajes en metro –tomaba pocas veces un taxi– y llegó a ser un personaje insustituible en su etapa de adulto soltero.

La llegada de Victoria Kamhi a su vida cambiaría las cosas. Vicky estaba estudiando piano en París. Un día tocó *Prélude au coq matinal*, pieza de un desconocido autor que publicaba *Le Monde Musical*. Le pareció una obra fuera de serie, tanto la idea como su realización. Tenía razón el suplemento de *Le Monde Musical* (31 de julio 1928) al hablar de *ce remarquable musicien qui ne tardera pas à prendre rang à la suite d'Albeniz et de*